cuerpos sin delito

walter j mucher serra

estarabajo escribe 2002



cuerpos sin delito

cuerpos sin delito

por
Walter J. Mucher Serra



ediciones escarabajos escribas
San Juan, Puerto Rico
2002

© 2002 Walter J. Mucher Serra

Obra reproducida en la portada:	"Cuerpo sin delito" Fotografía por Walter J. Mucher Serra 1989.
Imagen reproducida En la contraportada:	Walter J. Mucher Serra 2001.
Ilustraciones:	Walter J. Mucher Serra

Imprenta: ediciones   escarabajos   escribas

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total
y/o parcial de este material sin
el consentimiento del autor.

edición limitada del autor

tabla de contenciones

Cuerpos sin delitos



ella

Lentamente la madrugada atenuaba su alrededor. Una voz infiltraba suavemente lo más profundo de su ser. Sobre su piel descubierta una inocua brisa se confunde con la voz. Frío . . . un incontrolable frío cercaba su cuerpo . . . .

Hacía frío esa noche.

Para Roberto los milagros eran pocos, si algunos. Pero, si eran de creer, ella lo ameritaba. No era situación extraordinaria la que los había unido. Mas diría una accidental que milagrosa. Una tarde . . . una soledad . . . Roberto rondaba sin mayor motivación. Y en una esquina, cuando menos lo esperaba, Roberto la vio. Sola. Su piel reluciendo una frescura sin igual.

Roberto se aguantó. Tantos años de hipocresías y de falsas promesas habían endurecido el espíritu de Roberto. Era demasiado esperar para creer que esta hermosura fuese real. Pero la seducción fue fatal.

Roberto no podía contener su asombro. Se ruborizaba al pensar que alguien pudiese darse cuenta de tal enamoramiento. Atemorizado de su vulnerabilidad, Roberto partió.

Cuerpos sin delitos

Era muy tarde. Un frío que circunvalaba el volátil calor de su cuerpo comenzaba a empañar sus sentidos.

Para Roberto fue amor a primera vista. Había quedado estupefacto con la presencia de tal aparición ante sus ojos. Y la caja de Pandora había sido abierta.

Esa noche Roberto pensaba en ella. Su figura, su liquidez, el claro verde-azul de su mirada, su aroma. Para Roberto el ardor emitido por ella era evidente. Y su sonoridad le evocaba recuerdos de dulces tambores en frenesí sexual.

Tenía que poseerla . . .

kjr . . .

Lleno de ansiedad, Roberto retornó al lugar donde la había divisado la tarde anterior. ¿Estaría allí? o ¿habría escapado de sus manos? ¿Sería ella todo lo que él soñó? o ¿habría sido todo nada más que una mera ilusión?

Entrando por las puertas de cristal Roberto estudió el local. ¿Donde fue que la vio? En cuál esquina? Roberto no tardó en localizarla. ¡Oh! Era tan hermosa como la recordaba. Sus líneas, sus curvas, y su voz seductora lo llevaban al olvido.

Sí. Ella era especial. Era lo que siempre había anhelado: la unión de belleza y lealtad. Roberto podía percibir que ella nunca lo decepcionaría. ¡Oh, amor! ¡Oh, sublevación!

Sublevación.

. . . rjk.

A su alrededor el aire comenzaba a rarificarse.

Pronto la relación se fue sublevando. Se había convertido en una relación sado-masoquista. Roberto sólo recibía de ella lo necesario para sobrevivir. Su cuerpo era frío ante los avances de Roberto, frío como la muerte. Su voz lo tentaba melódicamente con perversa sensualidad implorando su total atención y devoción durante las noches. ¡Oh, Orificios de Satanás! Como cuevas de leones ante cristianos momificados. La pleitesía que le rendía Roberto a ella era agonizante. Roberto estaba enteramente subyugado a los deseos de su ferocidad. Pero, ¡Qué ferocidad! ¡Qué calor! Su ritmo . . . su calor . . . y su gemir eran agobiantes, hipnóticos. Y, al final, ¡el clímáx! Sin decepción, su larga espera era recompensada por un ardor incomparable. Tendido sobre ella, Roberto suspiraba los últimos dolores en el vacío.

¿Satisfacción?

¡Garantizada!

kjr . . .

Tantos años sin quejas. Tantas experiencias sin igual. Y cada noche, cada momento, una dolorosa unión de dos seres, una odisea que culminaría en satisfacción total.

Satisfacción total.

Hasta esa maldita noche. . . .

. . . rjk.

Roberto había estado trabajando hasta tarde en la noche. Un nuevo proyecto. Un nuevo cliente. Y

era de menester dedicarle horas extras esa noche para ganar la subasta.

tick . . .

La noche avanzaba lentamente sobre los papeles en su escritorio. El hipnótico ritmo del reloj sobre la chimenea le evocaba a Roberto el tan impaciente sursurrar de su amor.

. . . tock.

El calor.

La luna acentuaba su sudor.

Su espeso aliento lo sofocaba.

tick . . . Segundos.

. . . tock. Minutos.

tick . . . Horas.

Roberto perdía su concentración con el lento pasar del tiempo. Las figuras sobre el papel formaban siluetas de ese ferviente amor sin razón. Su frialdad, su aroma. Todos sus rasgos eran evocados por la suavidad de luz lunar sobre sus papeles. Segundo tras segundo Roberto no hacía nada más que anhelar estar con ella.

. . . tock.

La desesperación era demasiado para Roberto. Con salto desquiciado, se propulsó ferozmente de su silla, regando los papeles tras él; y levantando su chaleco, salió del despacho con paso ligero.

kkjrr . . .

—¿Habrá empezado?—se preguntaba Roberto en el carro. No era suficiente que él tuviera que trabajar tarde esa noche, pero el no haber tenido

suficiente tiempo para poder reprogramar su encuentro de esa noche . . .

45 . . . 55 . . . izquierda . . . ¡que se joda la luz! . . . próxima derecha . . . Todo sin razón todo sin pensar Roberto sólo pensaba en ella, en llegar.

65 . . . ¡tum! . . . ¡maldito perro! . . .

Roberto actuaba por instinto. Como el cantar de las sirenas, su esencia lo llamaba a su encuentro; como hambrienta fiera le imploraba su pleitesía, su tacto, su rendimiento. Roberto se dirijía hacia las rocas.

. . .

rrjjkk.

Roberto ya no pensaba, no miraba, no sentía. Había llegado tarde. Había transcurrido lo imposible. Tantos años. Tanto servicio. Ella había comenzado su rito de todos los dias.

¡Y ahora estaba fría!

¡FRIA!

rrrrrrrr . . .

Lentamente su ritmo comenzaba a acelerar. Su furia aumentaba en proporción de su desesperación. ¡Fría! ¡La maldita estaba fría! Roberto temblaba con ardor pasional, su visión se nublaba con ira ante el frío. Su ondular, su ardor pasional había aumentado con cada ciclo. Y al llegar al momento del clímax: ¡NADA! No sintió el calor, no sintió el aroma, no sintió ni el sudor de la obra.

. . . rrrrrrrrr . . .

De hecho, Roberto casi ya no sentía nada.

Cuerpos sin delitos

Roberto ya no sentía el calor, no percibía el aroma, no volvería a sentir la pasión. Había llegado y ella había pronunciado su disensión.

—¡FRIA!

Todo estaba frío.

Roberto no entendía. Tantos años, toda esa garantía. Y ahora fría.

—¡Maldita! ¿Por qué? ¿Por qué fría?

Ella no escuchaba su implorar.

Encolerizado Roberto empezó a tirar la ropa por todos lados. Jabones y frisas se desplomaban al piso.

—¡Fría!

Su visión se oscurecía lentamente y el aire se espesaba a su alrededor. Ante ella, un tenue rayo de luz atravesaba el tragaluz; y jugando con la espesura del rocío, creaba un bello patrón sobre las frías lozas de la mañana.

ding . . . dong . . .

La falta de aire le creaba espasmos de intelección desordenada, sin comprender. Con sus últimos momentos de nublada conciencia, Roberto capturaba la realidad de su situación. El matutino rayo de luz era corrompido por el lento oscilar de su cuerpo. En el vaivén una silla derribada entraba y salía de su campo visual. Y la soga se extremecía con la repentina carga que debía soportar. En la lejanía Roberto podía discernir el mecánico sonido de su servicio de mensajes, y una fantasmal voz que surgía lentamente de esa electrónica profundidad que invadiría su eterno sueño:

. . . rrrrr-click.
Señor Campos . . . Es Rosa . . .
Ayer tuve problemas con la
secadora. . . . Los técnicos de la
Maytag® quedaron con venir
esta mañana a trabajar en ella . . .
Kkjjrrrrrrkk.
Hacía frío.

Cuerpos sin delitos



el organillo

Lentamente el organillero muele melodías infantiles y picarescas en la noche. Suaves y subyacentes permutaciones nocturnas, las metálicas melodías revoloteaban con el rocío. No son de gran magnitud. Repetitivas. Pero cada una logra una diferencia; su velocidad, su dulzura, un tintineo de esencia metálica creada por giros de una manigueta inoperable. En la esquina, con sonrisa impenetrable y bigotes reptilosos, el organillero trama su fechoría, silencioso, espectral, deseoso de fabricar penurias de un sueño infernal.

Un payásico mico lo acompaña en su leve travesura con vasija en sus garras, en espera de la ofrenda rendida por los tripulantes de la noche. Saltos y piruetas sobre lisos adoquines el mico encarnaba sigilosamente mohosas sonatas y viejos recuerdos que surgían de la caja de ilusión.

Y la maquinaria es un milagro. Ejes y péndulos. Maderillos y latoncillos. Todos revolviendo en síncopa de la manigueta, todos orbitando el oscuro centro del universo, de lo desconocido. Porque giran y revolotean y circulan en elípticas sobre la magia del ser. La maquinaria rodea

un centro desconocido al placer. Fieles servidores voltean y truenan sin preguntar su orden, sin dialogar con la fuente de fuerza. Sólo el organillero pretende entender la causa final de su objeto selecto. Sólo una oscura e impenetrable membrana comunica intenciones en furtivos momentos.

Una noche, el organillero procuraba rendir su pleitesía a las musas ilegítimas del amor. Con triste y cortada voz, entonaba una saliente melodía de dolor e inescapable sobriedad. Su mico saltaba y piruleaba fuera de ritmo y cadencia saludando energéticamente a las damas que concurrían la noche. Su canción era triste y acongojada, sonora realización de la inoportuna realidad de la noche. No había ofrenda para la musa. Y menos plegarias para las criaturas nocturnas. Sólo permanecía el agrio de la pasada tarde. De una pasada madrugada.

El tintineo de las metálicas planchas engendraba una desarmoniosa cacofonía de singularidades. Alocadas, injustas, sin saborear las pautas de una musa desenfrenada. Y a su alrededor crecía el retumbante salpiqueo de las gotas sobre los adoquines de las calles.

Y la noche oscureció.

El organillero entendió que esa noche rendiría su pleitesía. Y el mico olvidó saludar al caballo que rodeaba la esquina. El mico olvidaba la vida estremecido por profecías de lo que habría de transcurrir esa noche.

La noche tornó fría. Y levantó un viento en la laberíntica ciudad rastreando tras la nebulosidad de la noche un momento que engendrara el valor.

Ferocidades aclamaban sus elogios a las tinieblas. El frío apretaba contra la húmeda ropa del organillero mientras volteaba la manigueta que producía una espeluznante tonada desde el fondo de la caja.

El mico recogió su tazón y emplea un nuevo danzón de titubeos y saltos jamás vistos por ser humano. Un baile frenético de puro tantalio su copa tornagrís refleja un nuevo color descolorado de pavo real. Sinuosos giros y tambaleos resuelven piruetas de espadachín y galantería. ¡Ah! qué hermosa simetría trazaba el mico al ritmo de la cacofonía soterrada proveniente del organillo.

Mientras tanto, el organillero observa, mide, canta y toma decisiones. Esta no. Esa tal vez. Hasta que se percata de ella, atrás, casi en la periferia, recatada pero intrigada por los extraños sobresaltos del mico y la inocua tenebrosidad de la tonada.

De reojo ella mira a su alrededor, temerosa y deleitada a su véz por tales desconciertos. Y siente una extraña euforia ante la inescapable realidad de presenciar un riesgo, un peligro en proceso.

Nerviosa, ella hecha un vistazo fugaz hacia el organillero y se conforta con creer que no la ha divisado.

El mico comienza a adentrarse al grupo asustando y cucando a los espectadores. A algunos les entrega un botón, a otros un maní. Los

espectadores se ríen y le dan una moneda en retribución. Risas y gritos de júbilo y sorpresa se elevan en la noche. Murmullos de curiosidad y pueril cinismos son intercambiados entre parejas y desconocidos.

Y ella se relaja uniéndose a la festividad.

El mico, en su acto picaresco, se adentra hasta llegar donde ella. De su chalequito de colores chillosos, el mico saca una joya, y entre salto y pirueta, se la entrega a la damita con todo júbilo y regocijo. Ella, sin observar el obsequio, se ríe de maravilla y le da una moneda al mico. El mico levanta su sombrerito frenéticamente en forma de saludo, y se va, continuando su alocado bailar. El organillero sonrió en su ferviente estado de cansancio. Ya todo estaba preparado para esa noche.

El organillero toma nuevo furor en su oficio. Y con cada vuelta de la manigueta se redobla el ritmo surreptil de la tonada.

El mico continuaba su ronda entre la multitud. Lentamente el organillero brillaba con nuevo aura inconspicuo a los demás. Un leve calor emanaba de la mano de la muchacha. Abriendo su mano ella observó la traslúcida joya que pulsaba al ritmo del organillo. Lentamente ella era hipnotizada por la luminosidad de la joya. Y con ella, se encontraba atraída hacia la caja del organillero.

Con cada nota, con el sobresalto de cada ritmo, los aglomerados bailaban en unisón débiles ante el hechizo del organillero. Y poco a poco ella se

adentraba impulsada por la resonancia de la joya con la cajita negra dentro de la maquinaria.

El organillo aceleraba su paso y los siervos redoblaban su frenesí bucólico. Y, sin mucho pensar, le habrían el paso a ella en su traverso hacia el centro, empuñando fuertemente la cristalina joya cerca del corazón. Un helado viento arropaba a todos. Pero la damacilla sentía rodearla un calor, cubriéndola de la intemperie.

La tensión del grupo aumentaba al paso de los segundos. La atmósfera se melcochaba con el exhalar de los coribantes. Los vientos repelaban intrusos en sus circunvalencias huracanadas. Gotas trazaban límites. Pequeños ríos de barro se formaban a sus pies. Y ella se acercaba más y más hacia el demoníaco vórtice del organillero, quien la miraba con ojos traslúcidos y llenos de lujuria.

Silenciosos relámpagos iluminaban la oscuridad y la caja brillaba con más intensidad. Un extraño sonido rugía en su adentro imperceptible a todos menos el organillero, el mico y la muchacha. Con sonrisa de oreja a oreja, el organillero la saluda, dirigiéndola hacia el centro de la maquinaria.

Gradualmente, e imperceptible para la multitud, el organillo cambiaba de color. Poco a poco intensificaba su brillo emitiendo una luz en todas las direcciones, hasta dar con ella. En ese momento la luz la acechaba envolviéndola como un delicado capullo un una pálida brillantez. En el campo de luz que la rodeaba se podía percibir chispas eléctricas

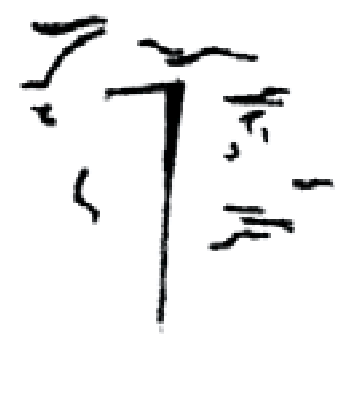
que bailaban sobre su cuerpo enfocándose sobre el corazón.

De repente, un fuerte destello brotó del organillo, cubriendo la multitud. En su centro, ella quedaba envuelta por traslúcidos trazos de colores que bailaban sobre su cuerpo. El organillo se confundía con el organillero y el mico.

Con igual prontitud, la brillantez se difuminó y la oscuridad reinaba sobre todos. De un candescente poste emanaba una luz anaranjada que iluminaba débilmente las atontadas caras de la multitud. Nadie recordaba por qué estaban allí. Nadie entendía por qué sudaban de agotamiento en medio de tan fría noche.

En medio de la multitud, donde habían estado el organillero con su máquina, el mico y la mujer, ahora sólo quedaba un espacio desolado, simétricamente circular y seco a pesar de el constante lloviznar de la noche. Y en su eje, tirado sobre los blanqueados adoquines de la calle, yace un cuerpo femenino, inmóvil, sereno en su fría desnudez, que bajo minucioso escrutinio le revelaba a todos los presentes un amplio hueco donde habitualmente uno encuentra el corazón.

Cuerpos sin delitos



el dinosaurio II

a Augusto Monterroso

nadie observó que al despertar
el dinosaurio todavía estaba allí.

Cuerpos sin delitos



mañana

——¿Dijisteis?
——No dije nada.
——Pero . . .
——Nada dije.
——Hum, creí que . . .
——¡NADA!
——Bien, si dices que dijiste nada, dijiste nada. Te veo mañana para el té.
——Mañana.

Al alejarse Lucifer, Dios exclamó para sí mismo, —Mañana haré la luz.

Cuerpos sin delitos



sueño

un prado, desvirtuado por ocasiones temporales, yacía a mis pies mientras un sol trazaba la oscuridad de mi piel trasnochada. De repente una voz se dirigió a mí.

«Cierra la puerta.»

giré y no ví al locutor. —¿Cuál puerta?— pregunté esperando una respuesta, pero no venía.

«Por la cual soñaste.» contestó la voz al cabo de unos largos segundos.

temblando, extendí mi brazo, agarré la manilla que no estaba allí, y giré el pez que se materializó en mi mano hacia la izquierda. una puerta se cerró detras de mí.

«Toma asiento.» ordenó lacónicamente la voz.

de pronto aparecieron frente a mí tres abejitas, coloradas de polen, rodeando un manzano. parecían deliberar las acciones de la bolsa de valores y su efecto sobre el futuro de la producción de cera de abejas.

«Toma asiento,» ordenó de nuevo la voz.

A mi izquierda ví una libélula que circundaba un elevado pastizal. al acercarme la libélula se alzó al nivel de mi cara y sonriendose se despidió. confundido, tomé asiento

«¿Nombre?» preguntó la voz.

—No sé,— contesté tentativamente buscando el origen de la voz.

«¿Edad?» preguntó la voz.

—No sé,— volví a contestar.

«¿Causa?» preguntó la voz.

—No entiendo,— contesté frustrado al no encontrar al locutor, puse mis manos sobre mi sien, y, sintiendo la confusión que me rodeaba, le pregunté a nadie, —¿Causa? ¿Causa de qué?

pasaron unos segundos, que igualmente pudieron ser minutos, horas o días. entonces un ojo,

coronado por una frondosa ceja inquisidora y marmoleado con destellos de plateado almibar, apareció flotando a unos pies de mí. a mi diestra parecía que las abejitas se acercaban a una decisión planar. el ojo me miró, palpadeó, y una vez más la voz se dirigió a mí

«¿No entiendes? No. No deberías. Todavía no deberías entender.»

entonces el ojo se cerró y desapareció sin mucha conmoción, mientras la voz continuaba hablando.

«No. Tienes razón. No es tiempo de entender. Es tiempo de ser.»

—¿Ser?—pregunté desesperadamente en la confusión del vacio que había resultado con la desaparición del ojo,— ¿Ser qué?

«Ser,» contestó la voz.

puf

deperté azorado sintiendo el pesado cabalgar del corazón en mi pecho. —Que pesadilla.— miré a mi diestra y halé de la soga que yacía al lado de mi cama.

—¿Llamó, mi señor?

Cuerpos sin delitos

miré soñolientamente al encargado de turno que entraba a mi desván, tratando de enfocar en su forma a través de los destellos de luz que lo rodeaban. —Sí.— me postré contra las almohadas de la cabezera estrujandome los ojos con sombria determinación.

—Prepara un memorandum para los agentes de mañana.

—Sí, mi señor.— el encargado tomó fuente de su saco y alisó el pergamino con su mano. mirando a su señor se alistó para tomar nota, —Diga.

—A Azrael, con copias a Gabriel y al registro eterno: Azrael, recuerdale a Freud separar el conciente del inconciente, y no olvides de darle a Jung las claves para la interpretación de los sueños. Té a las cuatro. Yaveh ... etc., etc.

Cuerpos sin delitos



pensar

pienso. pienso

ayer pasó la noche como siempre. las horas largas y calurosas con cada noche paseándose lentamente frente la menguantidad de la luna, como toda otra noche que pasaba ante uno. el olvidado sonido de la noche creaba una soledad temporal, fuera del espacio que la conjeturaba. y, al lado de la hamaca, la vela tintineaba sus últimos suspiros de luz. poco faltaría para que se apagara y quedara en tinieblas pensando, como todas las noches, en lo que no dejaba de rondear por su mente, perenne, y oculta. entre las ramas de la foresta, brillaría hasta la ruptura de la madrugada siguiente. y, entonces, volvería a actuar como si nada hubiese ocurrido, como si las mañanas fuesen buenas, como si nunca hubiese pensado.

pero pienso. pienso.

Cuerpos sin delitos

pensaba que solamente la noche permitiría pensar en viejas ocurrencias que no hacían más que torturar un viejo ser pesado, cansado de pensar. y me prometía que dejaría de pensar, o por lo menos que con la llegeda de la nueva madrugada dejaría de pensar en pensar. pero pensar no me dejó dejar. y terminé pensando una vez más en el pensar, en lo que nunca quise pensar, y en lo que no me dejaba pensar ....

y ese día, cuando la luna dejó de sonreír sus últimas caricias tras el velo de la noche, y la vela tintineó por última vez, dejé de pensar ....

Cuerpos sin delitos



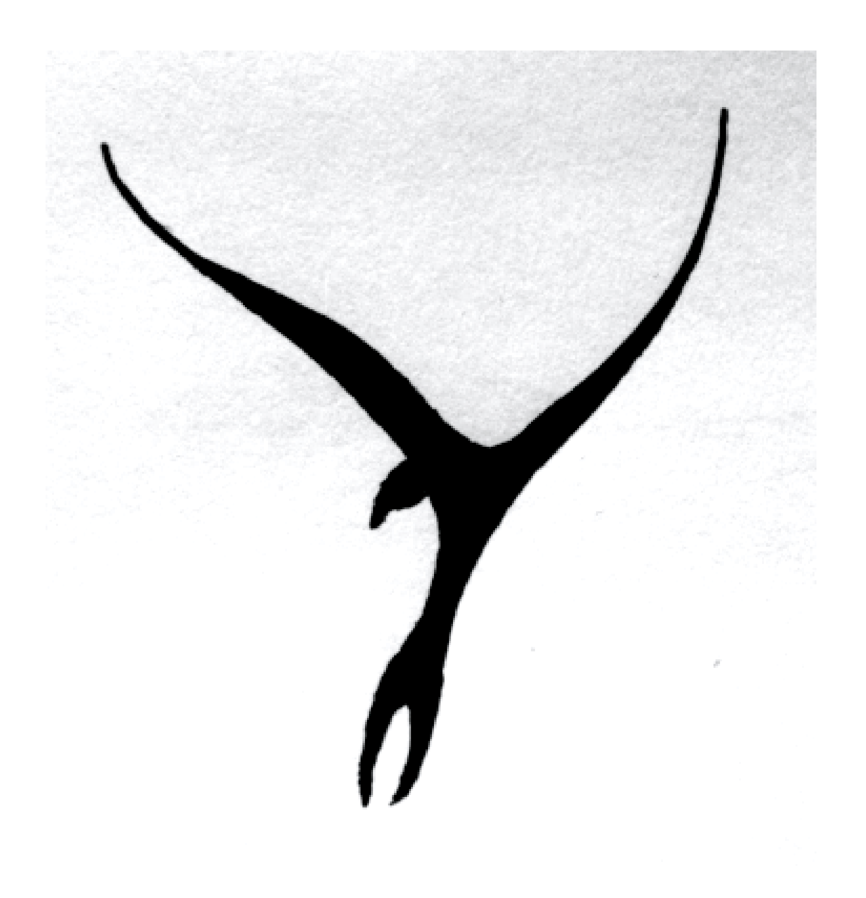
primavera

Suspendida tentativamente en el oscurecer de la tarde, una abejita tontolea sobre mi mientras ella observa el titubear de mi cuerpo. A su derecha, una sombra gris, no, azul, se le aproxima, con rojos, verdes, amarillos y blancos esparcidos psicodélicamente en su periferia. Otra sombra se aproxima, se detiene por un momento bloqueando mi visión de la abejita, para una vez más retirarse. Veo la sombra achicarse en el fervor del atardecer, mientras, a mi oblicuada realidad, la abejita continua su tontolear conmigo. Una mano la aparta, pero la abejita se acerca de nuevo, intrigada, ofreciendome su inofensivo y sensual saludo de juventud.

Una vez más la sombra se acerca, esta vez acompañada por otras sombras. Sombras verticales. Sombras horizontales. Sombras borrosas de grises, azules, verdes, amarillos, rojos y blancos . . . todas aglomeradas en mi campo visual . . . todas emitiendo inaudibles, pero sensibles sonidos, mientras la abejita mira con sorprendida atención, sumerjida en el fervor de su baile, y olfateando el dulce aroma del polen en

el atardecer. Y al caer las sombras sobre mí, observé a la abejita, tomada de manos por su madre, llorar mientras un funcionario civil declaraba en voz baja, pero firme, la hora de mi defunción.

Cuerpos sin delitos



sueños alados

En la primera ocurrencia del ocaso, mientras el sol y la luna se besaban entre horizontes opuestos, un niño, aturdido por visiones del ayer, añoraba a su madre de la mañana. Sangriento, el ocaso se oponía a la luz en un violento estallido de colores que corrompía la vereda producida por bruma celestial. A lo lejos, un enternecido chillido remonta las cascadas del lago para borborotear, esplenderosamente, en fértiles corazones de salvaje mirar. Y, en pocos segundos, el ayer se desvanece, acurrucado por orillas, tramando, sigilosamente, entre sueño ancestral, un nuevo amanecer, recuerdo alado de la bestia de sal.

Cuerpos sin delitos



Cuatro cuentos sin razón

juglar

Ayer vi, en el paso de una mano, a cuatro juglares que no tenían edad. Pocas trompetas en forma de laúd sombreaban planicies donde el cantante formó la luz. Y, en una esquina florida, un duende dormía mientras las flores lloraban con lino esplendoroso cuando su amo Oberón a mi Titania despedía.

guasón

El chiste deambula en el inmemoriable recuerdo de su ser.

Cuerpos sin delitos

a los dioses de mañana

Rebuscadamente, el hombre trama su próxima palabra.

:)

Miró, y se sonrió.

Cuerpos sin delitos



cuento inmemoriable

Había una vez, ...

No–, pensaba Ricardo, –no otra vez–. Poca paciencia demostraba en su cara ante la posibilidad de tener que escuchar otro cuento estúpido de hadas madrinas y príncipes azules.

... cuando una vez era una vez, ...

Maldita sea–, seguía pensando Ricardo. No era suficiente que el cuento fuese de boberías, sino que también trillaba en lo absurdamente chichoso.

... la ruptura de una vez ...

Como chicle pegado a la suela de un zapato–, se jactaba Ricardo a sí mismo. No solamente era trillado y simplista, sino completamente tonto. No acababa de empezar el cuentista y ya juega furtivamente con esa postmodernidad que ha corrompido con el

buen juicio entre tantos aspirantes a cuentista.

... donde el cuento se narraba. ...

Qué pedantería–, murmuraba Ricardo desesperadamente, molesto porque su propio cuento había sido rechazado por ser muy estructurado, muy moderno y pasado de moda. –¡Moda! ¿Qué importa la moda frente a una verdadera obra de arte?

... Y, en esa narración, se expresaba una disención. ...

¡Disensión, mierdazón!– Ricardo miraba las caras absortas del público atontado que lo rodeaba y se retorcía ante tanta adulación por nada. ¡Nada!

... Y esa disención corrompía esa narración sin saber que esa narración era suya. ...

Suya, muya,– pensaba Ricardo sobre el trabalengua que escuchaba. ¿Dónde estaba el orden? ¿La premisa? ¿El mundo de los personajes, sin hablar de los personajes afligidos y heróicamente despavoridos ante las parcas de la realidad? ¿Dónde radicaba la criatura que había de ser desprendida en su conformidad, sustraida de su seguridad y felicidad por un agente vengador? ¿Dónde

estaba la dichosa narrativa? ¿y la presencia de un agente desruptor, dónde estaban las circumstancias enajenantes que cumplirían con atraer al lector al entendimiento de una moraleja? ¿De una conclusión?

... En su disensión, él no se daba cuenta que corrompía su realidad, su ser. ...

Ahora le dió con ese "ser" milagroso. ¿Es que no podemos pasar un día sin estar pensando en santerías? ¿O en budismos baratos, de esos que permean en cada centro karatético ilusionando mentes pobres y enfermizas con espejismos de fetichismo oriental?

... Y con cada disensión su ser flaqueaba. ...

"Flaqueaba." Qué tontería–, repuso Ricardo en silencio. Pero la verdad era que Ricardo estaba cansado y le había entrado una morriña. Qué no daría por poder irse a darse una siestecita antes de continuar con el programa del día. Las conferencias restantes no prometían ser de mucho agrado.

Ricardo bostezó ligeramente, pensando que era muy tarde para estar de estas. Debería irse a su apartamento, tomar un leve refigerio y considerar trabajar en su nuevo libro, sólo dedicarle un par de horas antes de irse a dormir. Ricardo bostezó de nuevo, no

haciéndole mucho caso al narrado, pensando que tal vés muy cansado para trabajar y debería irse a dormir.

... Poco a poco, el disentor se dormía, y mientras sucumbía al sueño, su ser se apagaba. ...

Dormir, qué rico–, pensaba Ricardo.

... Poco a poco, el ser del disentor se apagaba sin darse cuenta de su error. ...

¿Error?– miró Ricardo al narrador. –Error fue venir a esta tontería.– Una vez más Ricardo luchó con un bostezo. Pero Ricardo no podía contener su cansancio, y se daba cuenta de que su visión le estaba fallando, de que veía todo algo borroso. Mirando a su alrededor, mientras se restregaba los ojos ligeramente con los dedos de su mano izquierda, notaba que las luces se nublaban, como si estuviese en medio de una bruma. También notaba que al escudriñar los rostros de sus compañeros, de gente desconocida que él había identificado como prisioneros, al igual que él, parecían borrarse ante una luminosidad cual origen no era identificable. Una vez más Ricardo se estrujó suavemente los ojos con su mano, y se maravillaba de la borrosidad que dominaba su visión. –Cualquiera diría que tengo cataratas-, pensó

Ricardo ante la absurda borrosidad en sus ojos.

... Con cada disensión, el disentor se borraba, hasta que, cuando ya era muy tarde, se dió cuenta de que la narración era su narración. ...

Había olvidado las tonterías del cuentista, –Su narración, ¡Já! Que fuese dios–, pensó Ricardo algo aturdido por su cansancio.

... Y, en el momento narrador, el narrador dejó de narrar su "yo". ...

Su y ... –.

...

Al finalizar el cuentista, todos se levantaron aplaudiendo su cuento. El cuentista, muy cortésmente, se levantó y aceptó muy agradecido el aplauso ofrecido por el público quien laudara tan afectivamente su canción. Pero, por dentro, el cuentista estaba algo triste. No por que no mereciera los aplausos, y menos por que se sintiera insatisfecho con su función. Sino porque entre tantos elogios un asiento permaneció sin rostro ni voz.

Cuerpos sin delitos



Cuerpos sin delito

Cuarto, oscuro, cama en el centro. Espejo cuerpo entero a pasos del pie de la cama. Mesas de noche a ambos lado como centinelas.

Dos cuerpos yacen sobre la cama, desnudos, cubiertos tenazmente por las sabanas de la cama.

Sube una luz sobre la cama, lentamente, difuminada.

Hombre comienza a despertar. Aspecto atolondrado, inseguro de donde esta, de quien es. Mira a su alrededor, descubre el cuerpo de la mujer tendido a su lado dándole la espalda. Mira sin entender. La mujer no se mueve. Se acerca a ella para verl;a. No le puede ver el rostro. Comienza a mover una mano hacia ella pero la retira súbitamente sin tocarla, incierto. Trata de retirarse de ella sin molestarla, sin despertarla, sin . . .

. . .

Temprana mañana aquella en que, levantándome de una cama, reconocí que no me reconocía. Impresión tardía ya que lo primero que no reconocía era la luz. Y menos el cuarto. ¿Pero la

cama? Esa era una premisa que al percatarse de ella, reconocía que tampoco reconocía. Es entonces que, observando “mi”cuerpo bajo las sabanasy sobre el colchón que reconocí que no me reconocía. Y menos a la mujer que yacía a mi lado, si es que era mío ese lado que yo tenuamente profería como mío.

Por lo menos si pudiera deshacerme del dolor de cabeza con el era reconocido ... . Pero no importaba era reconocer el compuesto sensorial que parecía ser el que contenía el “ente”presente al que temporeramente me adjudiqué ese “yo”con dolor de cabeza.

Decidí observr al cuerpo femenino que yacía durmiendo a mi lado. (Tomaré como mío este lado hasta nuevo aviso) Una mirada y me percataba de que era muy bonita. Escultural, aun. No exagerada pero firme, tez mediana, pelo oscuro, y de lo que podía ver, cara sensual. Ojos. Tendría ojos, claro, pero no los podía ver. No muy alta, pero no pequeña. No tenía ropa puesta.

Lo que me hizo observar el cuerpo que “yo”ocupaba en esos momentos. Rayos, “yo”tampoco llevaba ropa puesta. Dilema. ¿Usaba yo ropa? ¿Y de qué tipo? ¿Y si la usaba, cuando me la quité? ¿Y donde está ahora?

En verdad que no sabía si era un sueño o no. Pero este problemita se agudizaba con el dolor de

cabeza que tranquilamente me recordaba que tal vez no estaba soñando. Y si soñaba, era bastante fuerte.

. . .

¿Qué recordaba? Bueno, realmente no mucho. Y lo que sí recordaba, no estaba muy claro, y no me confortaba. Recuerdo estar en una oficina hablando con alguien. ¿Conocido? No, realmente no. Pero sí hablaba con ella. Ah, sí. Era mujer. Pero no esta mujer que yacía a mi lado. Qué mas. Ah ... papeles. Intercambiábamos folios entre los dos mientras hablábamos. Parecían ser importantes, pero no recuerdo por que. No sé si eran mios o de ella, o de otra persona, pero sí parece que los discutíamos. Así que deberían de ser importantes.

También recuerdo estar en el tren. Era tarde, oscurecía, el vagón estaba lleno, no como en la hora de mayor tráfico, pero lo sufidiente para ser temprano en la noche. Creo que llevaba un portafolios ... y el periódico, sí, llevaba la edición nocturna. No recuerdo la fecha. Ni el artículo. Pero recuerdo la foto. Era bella. Recuerdo pensar en ella. Sí, ella. Pero, ¿la conocía? ¿o solo la deseaba? En verdad no sé. Pero sí sé que ella estaba a mi lado, durmiendo.

Por lo menos creo que dormía.

. . .

Cuerpos sin delitos

Pienso que lo que veo es una ilusión. Si me pellizco lo suficien...te...men...te ... fu...er...t...e... ¡COÑO! No. No estoy durmiendo. Y menos soñando. Así que esta mujer debe ser real. Y yo no recuerdo ni quien soy.

. . .

El mundo está lleno de fantasmas. ¿Cuál eres tú? Tomé una de las frisadas para cubrirme y me levanté de la cama. La mujer seguía tendida sobre la cama sin hacer el menor movimiento. Yo caminé lentamente hasta el espejo en la pared a unos pasos de la cama. ¿Cuál eres tú?, me repetíaaudíblemente, pero la imagen sobre el espejo sólo me ofrecía más preguntas. Y el reflejo del cuerpo femeníl a mis espaldas no me ayudaba.

. . .

No podía decir que ver la imagen de mi cuerpo reflejada me alentaba. La reconocía como mía únicamente por que mimicaba mis movimiento. Si es que podía afirmar eso ya que no podía confirmar mi propia existencia, excepto por el dolor de cabeza que me acompañaba. La imagen no ayudaba, ya que no me ofrecía ningún rasgo esclarecedor.

. . .

Tengo que admitir que nunca supe quién fue mi pasado. Aquél que pudo ser mientras yo me perdía en su voz.

. . .

Creo que nunca me entendí. Eso de ser, de importar. Creo que a mí nunca me importó mucho. Por eso, ahora no sé.

. . .

Eventualmente, desaparecí. Y conmigo desapareció todas mis dudas. Sospeché ser una sombra, y con la llegada de la luz me convencí de ser menos. Pero no supe ser menos, Y como era de costumbre me desvanecí entre las cálidas temperaturas de la madrugada.

¿Me recordará? ¿O seré otra partícula que navega su ocaso? En ese momento no importaba ya que la realidad se despertaba en mí. Y ella me olvidó.

Cuerpos sin delitos



Legacies

There he sat. Every day at quarter past I would see him in his never flinching pose, lurking perilously over the screeching daffodils of a summer's noon. Tattered jeans, faded grey shirt, well worn sneakers, he would hold a yellowing piece of paper in his hands. Everyday, from quarter past until quarter to, he would sit at that same bench staring blankly at the piece of paper in his hand. And every day hundreds of well placed couples would saunter by his station unaware of him and of his piece of paper. All unaware, all except me. For I waited day in and day out for him to throw that piece of paper away.

But it would not be so. At least not soon. For day after day he would carefully take out the piece of paper from his shirt pocket, unfold it and refold it to place it back again inside the same shirt pocket.

It had been a cold winter's day, colder than usual, when I first noticed him as I made my rounds. The park had been frightfully empty those few days given the weather. But he would be there, snow or shine, religiously siting at that same

bench, glaring wistfully at that one piece of paper that fluttered in his hands. I had made a mental note to myself to return for the piece of paper. But, as I returned every day to collect the debris, there was no piece of paper to recover.

On that warm summer's day, he arrived as usual at a quarter past, he sat at his usual bench, and gingerly unfolded the yellowing paper, as usual. He glanced at it without flinching a muscle in his body. At a quarter to the man appeared to wipe a tear from his face as he stood from the bench turned away and left as he uncaringly let that piece of paper fall from his hands unto the grass under his feet. Never looking back the man walked away, and, to this day, he has not returned to his bench.

Useless to say, I ventured to retrieve that sheet of paper. Anxiously, I looked at it hoping to find a clue as to the man's actions.

— Excuse me, Sir.

— Huh? What?

— Excuse me, Sir. My ball? It rolled under your feet.

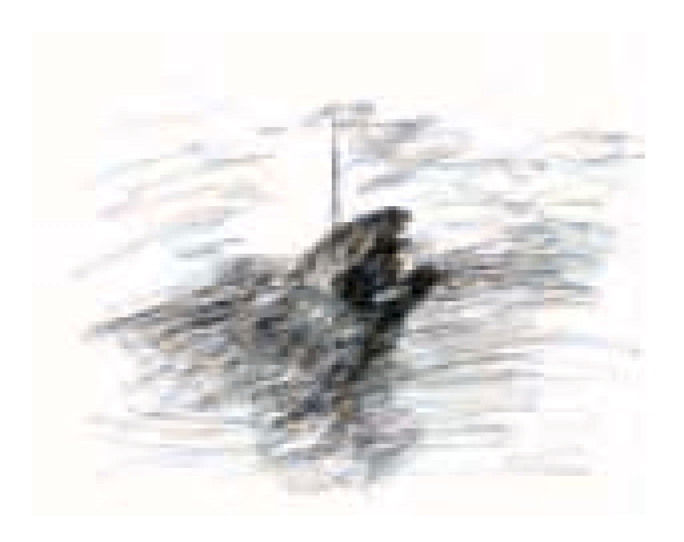
As I looked away from the paper in my hands a small child of six or seven stood in front of me beckoning to his soccer ball nestled in the yellowy-reds of fall leaves under my weary feet.

— Your ball? Oh, sure. Here sonny.

— Thank you, Sir. — And with that the boy ran off gleefully towards a group of kids waiting farther down the knoll.

I took one last look at the yellowing piece of paper in my hands. Nothing. After all these years I still couldn't figure out what had been so important about a blank piece of paper for that old man. Carefully, I refolded the piece of paper and placed it back in my shirt pocket. “One day,” I thought to myself, “one day I will understand.” As I walked away, I glanced one last time toward the group of shouting children on the grassy knoll behind me, then at my watch. It was a quarter to. Maybe I already did.

Cuerpos sin delitos



clear of the night

tonight a subtle dream wisps around the harsh traces of a face as fallen leaves of browns and reds gather foolishly around centers and ends . . . momentarily . . . to then continue their cavorting in new instances under the watchful moon . . . rustling sheets of dried breaths play lustfully with the shimmering tendrils of liquid pale . . . the cree-cree of joyful crickets create trickling cacophonies of fleeting shadows that call out to phantoms of words once forgotten . . . a tenuous dewdrop slides sensuously through the sinews of reality as flickers of fire dance giddily off its amorphous concavity . . . a night bird cautiously sips the dew . . . once . . . once it gently cries at a lonely sight that recalls no name . . . the name is lost in the faltering heart of the face . . . a slumping figure bids farewell to a sullen mind . . . the face no longer feels the wind on its bed . . . the face smiles to never smile again

Cuerpos sin delitos



today

I remember how her hand had stretched out towards me. I also remember my anger as I took one step back, away from her. That was enough. There was no turning back. And our lives were severed from then on.

She had just come out from the shower trying clumsily not to drip on the floor. Fresh drops of water and bath oils mingled delicately as they jumped off her long drenched raven hair to trace sensuous rivulets over her bare skin. She smiled, simply, elevating beauty to new heights of divine inspirations. And she was mine, all mine. Or so it was until today, three years ago.

Cuerpos sin delitos

Why today and not yesterday? Or tomorrow for all it matters. And it didn't matter, not anymore, except that it was today that I remembered, uselessly, how our trust and love had gone away. How she lunged desperately at me trying to make sense. How I denied her.

How sad it is to leave unable to say “I love you” for the last time. Today I stepped back releasing my hold on reality without ever saying “good-bye”.

Today a lonely rose is laid to rest over me. Today I forgot to answer why. Today, three years ago, today I died.

Cuerpos sin delitos



100 years on a star and a dream

i couldn't remember when was the last time i had seen her face. was it yesterday? or the day before? i couldn't really remember what was said or who had said it.

it was light. a warm breeze crept slowly over my body as the wisps cleared away. how long?

she had never understood why i had to do it. it was the first real attempt at artificial deep sleep. even if it was for a few minutes, it would prove travel possible. i would see her again. and we would see the stars together again. and one day we would touch them, together. but she hated the idea. she didn't believe it was safe. she didn't believe . . . .

how long? i could hear the soft whining of gears as the cold was being broken. dim but sure i could see my surroundings. strange. no, different. how long?

. . .

Cuerpos sin delitos

whir ---- good day doctor ---- it is 2199 ---- how do you feel? ---- click

. . .

a single tear finally surfaced tracing a languid course upon my face. a machine. too long. too long.

Cuerpos sin delitos



the night

... tonight a sound showed on the streets. Illuminated, transmuted it grew slowly, diligently, on the shadows of the night ....

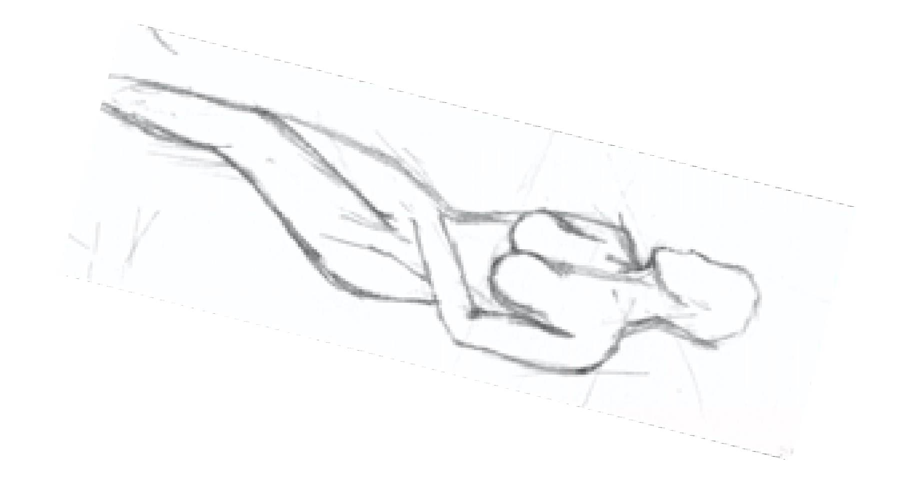
I was there, like every other there, walking, seeing sounds that flowed, listlessly, on the hours of forgotten souls. And on the night, a new shadow alerted its pain to the seers of the light. I walked, slowly, remembering the past as I passed each lonely post offering sanctuary to lost lives.

I saw the sounds of forgotten despair, each dwindling hope in the heated vents of another's play. I saw the sounds of past laughter as they silently disappeared in the sullen lines of troubled eyes. And I walked slowly past each darkened light as each sound remembered the day the darkness blighted their skies.

Cuerpos sin delitos

Not so far ahead the path leads out of the forest of sullen dreams and hollowed hearts. And I walked out, past the last sound of a new dead, I walked into the seeing light of the blind. And I saw the new sound in me.

Cuerpos sin delitos



It Hurts

One moment all is blue and light and flowery songs, birds chirping away as lovers embrace on cool park benches. Trees swoon to the sweet smell of summer nights as lamps flicker and shadows lounge on sided wishes. One moment it is all baked breads wafting through the chilly morn, and slow tears that journey precariously upon a lover's dream. Children running, laughing at the temptations of old age. Young girls giggling as they walk past lustful youths.

It hurts.

Once a dream reared its shadows upon the lonely heart. Once, on the freshly spilled blood that sweetly glinted off the fine edge of the knife, it would hurt never more.

Cuerpos sin delitos



I

Some people are fated to find their mate. Others are just there, when needed, to act and resolve, to go on their way once the story is told.

I am one of those passed-on-by's, who are more a means to, than a goal, we who are mere watchers of other's stories. Not that time ever flew over my head without my noticing a new gray hair at my temples or a new wrinkled line on my face. But life did fly over me, bringing in nothing more than a new moment in which to act, to react, without past, without future, without dues. As I said before, I am one of them, the passed-on-by's, who act with nothing to gain, and nothing to loose.

Not that it depressed me more than usual. After all, it just was.

And with that all the faces swoon swiftly past my eyes, and all the memories are traces of a history. And I turn over, slowly, panting slowly for a touch of morning dew on my lips. I looked down, slowly, trying to focus. But I'm dazed, and flacidly cold in my sweat. And I try to catch my breath again as I look down upon the languid gutted corpse that laid bleeding beneath my hands ....

Cuerpos sin delitos



Monday

"What is life all about?"

"I don't know."

"What?" I had forgotten her.

"I said, 'I don't know.'"

"I wasn't talking to you." I turned over looking for her.

"I know."

"You do, do you? Sigh. Yes, I guess you do." I looked away for the third time, maybe the fourth, remembering that it was Monday. Again.

"Coffee?"

"Huh?" I looked back at her.

"'Coffee?'"

"Sure," I turned over and fought for a few more minutes of sleep. But she wouldn't hear of it.

"Coffee!"

In came the tray with a steaming cup. Damn. And I wanted a few more minutes this morning to myself.

"I said, 'Coffee!'"

"I heard you! I heard you!" Argh! I covered my head for a moment, but, reluctantly, I

gave up. Oh, jeez. “At least it's good coffee,” I thought to myself as I crawled from under the covers and accepted the cup from the tray. Cautiously I ventured to take a sip.

Actually, it was great coffee. But, it was only coffee. Not that it mattered, anyway. It never mattered, anymore. It was late. It was old. It was the dawn of another day gone by. And I took another sip from the cup.

. . .

Light! Activate search.

It was Monday. That much I knew. The spools whirled.

Lights blinked on and off. Like every other Monday.

Brew coffee.

“Morning.”

Track progression of light field.

Raise windowshades. Check room temperature.

Set tray on maglevs. Raise cup temperature . . ., set.

“Record” . . . ON . . . “Field” . . . O.K. We're 5 by 5.

Right. Start in . . . five . . . three . . . two . . . one . . . aanndd . . . Mark!

. . .

"Sir? Sir, are you O.K.?"

A cold shudder traveled through my spine as I looked at my cup of coffee. "I'm sorry. What was I saying? Oh, yes ... Coffee ... ."

It was Monday, like every other Monday. And I remembered. Yes. I did. How long ago? Too long, I fear. My hands shook a bit as I took another sip of my coffee. Ahh, very good coffee indeed. I turned to thank her for the coffee, but she was gone.

It was Monday. Small flecks of dust floated lazily through the morning rays as I watched the splashed colors that came through the dirty prismatic contours of the morning dew on the window take form upon the white ruffles of the bed sheets. By the gods, it was Monday. Dawn of a new day, and of a new week, in a world that had not seen its last rising sun. And again, I awoke all alone. As I realized how easily technology helped me forget that she had never been here, I glanced quickly at the clock, then back down at my cup for comfort. And, as the dust from the fallout settled silently upon my windowpanes, and realizing that it would be hours before morning actually arrived, all I could think of was that it would always be Monday, again, and that my coffee was getting cold.

Cuerpos sin delitos



civilities

trembling, the child advanced once more towards the artifact. shinny and new, it beckoned him, seductively, as if it called out his name in a nurturing whisper taunting him, somewhat, to touch it, caress it, make it his.

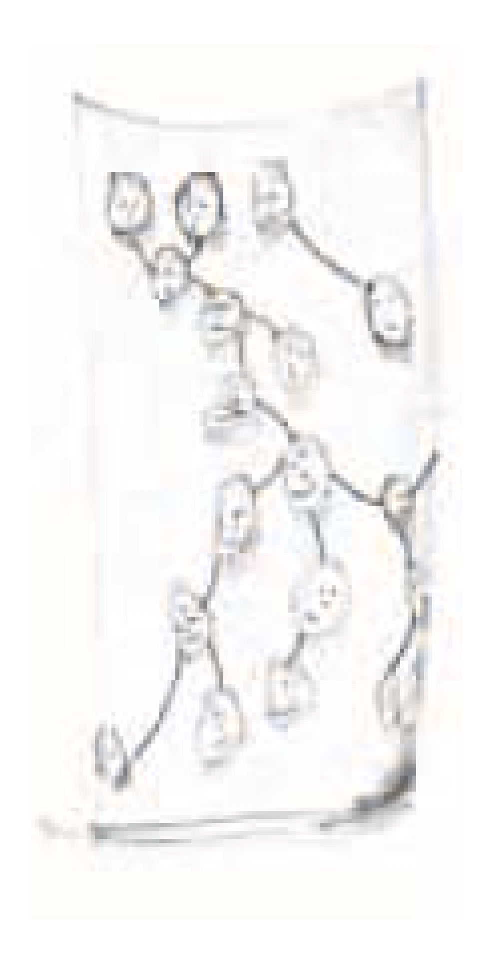
the child approached silently the now glowing artifact. it seemed warm, comfortably coy in the light chill of the early morn. the artifact seemed to hum, sensuously, as it pretended to hover before his eyes.

reaching ever so carefully for the artifact, the child extended his arm, lightly touching the artifact, sensing a strange warmth which emanated from its smooth surface. the child was somewhat comforted with that warmth, and with the fact that the artifact did not lash out against him in response for his audacity in manhandling the artifact. the child could sense that the artifact felt the cautious chill of the child's hand and commenced to hum a little louder, trying to reassure the child of its peaceful mission, warming up slowly in an attempt to ward off

the child's cold attitude which permeated their encounter.

the child looked at the artifact, and, somehow, understood. he wearily smiled, convinced of the artifact's civility, and commenced to shave ... .

Cuerpos sin delitos



In the Blink of Time

Life is funny. In its being misunderstood we create whole new worlds, whole new stories, far from the story that once held form, and farther from the story that had to be told.

Even so, in its quake the story eventually reveals its hidden life forged in the love once forgotten in the graceful eye of an instance's becoming.

For example, take into consideration the world of a man whose life is determined by an event yet unknown, and for whom life keeps reminding him of his decision, though it may lay in his future past. His life is bound by confused remorse, without reason nor thought, as he lives each day obsessed with his future, regretting decisions that he will have wrought upon his soul.

At first, the daily visits would be filled with anger. Then, gradually, he would be left with the feeling of plain confusion and loss, full of remorse before the unchangeability of his future.

He lived a life avoided, a future undertaking immersed in a forgotten understanding. But he also attempted to heed the warnings. For he has been

forewarned that his life depends on a moment. A moment he must not change, nor one which will be avoided. Like twisted words in a foreign tongue, the warning meant nothing to him. Except for the empty foreboding that it brought to him. This he could not understand, even as he visited his love lost, nor as he sat day in and day out at the café where his life changed. He could not fathom why his future must be left intact. After all, wasn't the future unknown? Wasn't the future the sum of his past events? Wasn't it really his past that troubled him? So he sat in that café again and again, lost in memory ... in remorsed pain, as he sipped from his glass of tea, and tried to forget the loneliness he felt.

Except, that each sip of tea felt like a memory brought to life, especially as he witnessed the familiar sense of caring being played out daily at the table across. For hours he would relive the moment. Each time unsure as to its outcome, yet always the same ending, always the same sense of hope. And he would find himself powerless at the words of love and care he witnessed at the table across from him, as the woman's words of warning swelled in his head. A foreboding sense of something to come, yet already in him.

She had come up to him one day, as he sipped his glass of tea awaiting for the moment when he would start up the path to his awaited appointment. She had sat down in a chair just across from him, and smiled a familiar smile. A crimson rose laid gingerly between them as it had many years

ago. She reached out towards it to caress its delicate petals and thorns. He just sipped his tea. “Don't do it,” she had said, “let what must be be.” He looked at her, warily, sensing the familiarity in her words. She retracted her arm and stood up to leave. For a brief moment, she looked familiar, too familiar. She offered a sweet smile to him, but he could not respond likewise. She lowered her eyes understandingly. His heart had hardened in saddened pain. She faded like a ghost, a memory wanting to become.

He looked at the rose that laid on the table, so nonplused, so full of love. It was time, he thought, so he picked the rose off its innocence, and stood to leave. He looked at the young couple sitting at the table across from him. So young, so full of love and hope. A rose was being offered between them. Strange, he thought, it looks just like my rose. He felt strange invading that too familiar scene. The young man. The young woman. And the dreams of love shared between them.

He turned to leave only to see the gun. In his heart he knew that this time he had to react. The shot rang loud in his head, and hot in his heart. He felt the ground come up beneath him, the bodies about him. He heard the screams and as he looked up he saw the tears that trailed slowly down the young woman's face. He knew that she cried for her loss, as he had once before. Behind her the older woman stood, saddened, becoming more solid as his sight waned. Their images coalesced into one

woman, one woman who will come to visit him, full of anger, at first, then left empty with a sense of loss and grief for many years to come.

Now he understood what the woman had meant, the circle had finally come to a close, his memories would no longer come true. And as he blinked the tears away one last time, he knew that time had come to retrace a new life, and with it a new sorrow for someone to walk upon.

. . .

She replaced the glass of tea near the rose that laid innocently on the table, and looked at her watch. It was time to take her daily walk up the path. For a moment, as she picked up the rose, she felt a sudden flash of foreboding, as if time had finally caught up with her. As if in a dream, she stood up, rose in hand, and looked at the empty table just across from her. For a moment she felt that it should have been occupied, full of dreams, of love and of hope.

At first her visits were filled with anger. Gradually she could only feel the sadness that loomed in her heart as her visits became full of loss and confusion as words of warning filled her head. “Should she warn him?” Twisted words that meant nothing to her, yet they followed her as she walked up the path to visit her love once lost.



Cuerpos sin delito entabla la efímera relación entre el ser y la nada. Condiciona el Logos a las derivaciones de la lengua bifurcada atrapada por las fantasías de lo concreto y el capricho de la realidad, para desvanecer ante la desvariada mendicidad de la luz.

Walter J Mucher Serra nace y crece entre mundos, esquivando obstáculos de alteridad existencial. Profesa desvariadamente los beneficios de la estulticia ante las iconoclastas ocurrencias del ser. Instigador del *Carpe Diem* deambula la deliberada o(s)cultación de lo que fue ante la impertinencia de la nada.



ediciones escarabajos escribas
Guaynabo, PR
2002